

Para Fernando Baeta

UNA MIXTIFICACIÓN SOBRE HEIDEGGER

José Agustín Goytisolo

Vamos a ver: una cosa es decir que Martin Heidegger ha sido un importante filósofo de este siglo, por los análisis existenciales del hombre que se desprenden de su obra cumbre Ser y tiempo, y otra muy diferente es que un historiador llamado Ernst Nolte, que fue discípulo de Heidegger, nos lo quiera presentar ahora como un revolucionario, como el precursor del mayo del sesenta y ocho, y tan sólo levemente nazi.

En sus más de trescientas páginas, el biógrafo Nolte nos quiere hacer ver, a través de su libro Martin Heidegger, política e historia en su vida y en su pensamiento, lo blanco, negro, las cosas al revés. Apoyándose en la indudable valía científica del biografiado que tanto influyó en otros filósofos de su tiempo -pienso en Xavier Zubiri, entre nosotros-, Nolte, afirma haber asistido a sus clases en 1944, en la Universidad de Friburgo, en donde el maestro habló de Plotino, de Heráclito, de la lógica aristotélica, todo ello referido a la doctrina del Logos.

Esto es fácilmente creíble, como también lo es que Friburgo fue bombardeada por los aliados, que estaban a punto entrar en la ciudad. Y también es creíble que, a pesar de haber cumplido los cincuenta y cinco años, se alistara voluntario en las milicias populares del ejército alemán. Nolte dice que luego el maestro se retiró a su pueblo natal, Messkirch, junto a Baden, pero esto no fue todo. Intentó reincorporarse a su puesto en la Universidad de Friburgo, de la que había sido rector, pero fue suspendido de sus funciones "por sus simpatías por el régimen nazi".

Pero no fueron sólo simpatías: las relaciones de Heidegger con el nazismo fueron las de un militante con carnet ^{con su partido} y hasta 1945. A esto responde Nolte que el nacionalsocialismo de Hei-

degger era muy sutil y muchas veces no ortodoxo, menos cuando se trataba del papel de Alemania en el mundo, como salvadora de Occidente y ^{para} oponerse a dos grandes peligros: el americanismo y el comunismo. Es un tema que ya había afrontado en sus lecciones por aquellos años.

Nolte llega a escribir: "Yo estoy convencido de que Heidegger fue un revolucionario, más que un nazi. Un revolucionario que utilizó la experiencia histórica del nazismo"! Vaya por Dios! Y prosigue, intentando dulcificar la ideología de su maestro: "En cierto momento, Heidegger vió en el nazismo una variante del americanismo, que tan duramente había criticado. Naturalmente no dijo 'Yo odio a Hitler' por elementales razones de seguridad personal, pero leyendo entre líneas el texto de sus lecciones, puede adivinarse una precisa condena del nazismo, a través de sus críticas al americanismo". Fascinante: hasta aquí no se define lo que el filósofo entendía por "americanismo". Lo que sí es seguro es que el nazismo contribuyó al olvido del Ser.

Más adelante el biógrafo trata de convencernos de que Heidegger quería volver a una experiencia religiosa, al mundo de Dios; no en el sentido católico -esa era su religión, y en los jesuitas fue educado- sino en un Dios de dimensión griega. "Pare él la filosofía debió haber mostrado todo lo excepcional que se esconde en el mundo ordinario: una planta, una casa o el canto de un pájaro. Quería recuperar aquel mundo que ofrecía cierta parte de la ideología nazi para poder contrastarlo de un modo eficaz con el mundo tecnificado de americanos y rusos."

El curso 1929-1930 Heidegger trató en Friburgo los conceptos fundamentales de la metafísica, confrontando la zoología con la biología: era, a la vez, arcaico y premoderno. Su interés por el mundo animal y por la vida iban dirigidos a una crítica de la ciencia. Este punto, de verdadero interés en la obra de Heidegger, es prácticamente soslayado por su biógrafo. Siempre a la defensiva, dice solamente: "No hizo el elogio del hombre

medieval. Su esperanza es que hubiese un estado de desarrollo más allá de la técnica. Decía: rompamos todos los platos de porcelana y podremos comer en otros de terracota. Era muy simple, pero también muy radical." Más adelante nos enteramos de que su radicalidad consistía, según Nolte, en que estaba convencido de que de que habían ocurrido cambios de época y que él, como estudioso, prestaba especial atención a los que podían afectar a la Universidad. Eso sí es cierto: Heidegger declaró, en una entrevista famosa al Spiegel, que se hizo nazi para salvar la Universidad, aunque es posible que fuera para justificar su pasado. Pensaba, dijo, en una Universidad sin jerarquías, en la que profesores y estudiantes, formando un cuerpo único, debían hacer vida en común en el campus, sin jerarquías, desarrollando a la vez el trabajo manual con el trabajo intelectual; pero esto tiene poco que ver con el mayo francés de 1968, como escribe Nolte, que pasa por alto la adhesión de su maestro a la violencia, y a su silencio, después de la guerra, sobre los campos de exterminio nazi, que no podía ignorar; esta actitud le valió grandes reproches públicos de Herbert Marcuse, también alumno suyo.

Nolte pasa a explicar el carácter de la familia de Heidegger; padres de cultura católica; mujer, Elfride Petri, protestante, hija de un general prusiano, de carácter duro, que guardaba a su marido de las visitas de intrusos no deseados, que era muy celosa... Pero por Dios ¿que interesa todo esto a los que quieren acercarse a la ingente obra de Heidegger?

Lo que sí interesa es saber que estudió con Rickert, que muy pronto entró en relación con Husserl, que le debe mucho al filósofo danés del siglo pasado Søren Kierkegaard, precedente claro del existencialismo, al considerar que la vida del hombre pende entre su propia finitud y la infinitud que se le revela, lo cual le produce una angustia existencial. Lo que sí interesa es saber que su obra, junto con la de Gabriel Marcel y la de Karl Jaspers, fueron pioneras en su renuncia a dar una sistemática explicación de la realidad.

La descripción de la existencia humana que se expone en la analítica existencial de Heidegger, en Ser y Tiempo, comienza por sentar una radical diferencia entre el modo cómo existe el hombre y el modo de ser de las cosas: el hombre es un proyecto de sí mismo; las cosas, en cambio, son reales. La existencia humana tiene como modalidad fundamental la de ser-en-el-mundo. A partir de estos dos estratos primordiales de la intimidad: la resolución angustiada ante la muerte, en Heidegger, y la existencia puesta al descubierto por las situaciones límite, en Jaspers, se abre la dimensión propiamente metafísica del hombre.

Heidegger, en sus obras publicadas a partir de 1946, desarrolla el concepto de apertura del hombre al ser, *Da-sein*. El ser humano existe en cuanto que, en el conocimiento y en el lenguaje, responde a la verdad del ser que se expone. "Habitamos en el templo del lenguaje, que es a su vez la mansión del ser", afirma Heidegger, que hasta 1952 no pudo reemprender sus clases, cosa que hizo con el título de "profesor jubilado": "profesor perdonado" por la alta calidad y profundidad de sus ideas, fuera más correcto.

La dificultad de la filosofía de Heidegger se debe a la multiplicidad de experiencias concretas en las que se expresa el ser, y que nos sirven de hilo conductor para la revelación del ser. Su obra se inscribe en la gran tradición del idealismo alemán. Trata de comprender al ser en sí mismo, en lugar de realizarlo en sus infinitas manifestaciones.

La obra de J.P. Sarte, que fue el que difundió y modificó esta filosofía y el que la bautizó con el nombre de existencialismo en su libro, publicado en 1946, El existencialismo es un humanismo, no podría entenderse sin la influencia de Heidegger. Total, que, ^{Nolte/}eludiendo un análisis de su obra y cayendo en temas familiares y políticos para excusar el pasado de su maestro, le hace un flaco servicio, pues vuelve a remover el pantano aquietado de su filiación política. También Wagner fue anti-judío y no por eso debe menospreciarse su música.